



El que se siente excluido combate.
El que se siente parte coopera.

Hace unos años, en nuestra presentación al trabajo realizado para el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): "Las Grandes Conferencias Mundiales de la Década de los '90", sosteníamos la necesidad de ir construyendo las bases de una comunidad internacional.

Ese fue el motivo, por el cual propusimos como lema del Primer Congreso de Relaciones Internacionales del IRI: "Por la construcción de una verdadera comunidad internacional".

Pero qué significado tiene hoy, en el actual escenario internacional, esta expresión; y más aún, ¿existe una comunidad internacional?

Por ciertas experiencias en distintas geografías del planeta (Kosovo, Ruanda, Sierra Leona, Afganistán, por citar solamente algunas) y algunos datos de la realidad internacional -casi la mitad de todo los habitantes del planeta, subsisten con dos dólares diarios o menos, la proliferación de armas de destrucción masiva, el recalentamiento del planeta, los genocidios y el accionar del terrorismo- deberíamos concluir que no.

Actualmente estamos asistiendo a una verdadera negación de ciertos valores comunes que forman parte del patrimonio de todos los individuos y naciones que integran el sistema internacional

En esto hay responsables, que son precisamente los Estados más poderosos y sus dirigentes, quienes anuncian "un

nuevo orden mundial" y un "fin de la historia" que no tienen nada que ver con el sistema global de inicio del siglo XXI.

Los países ricos continúan prometiendo la apertura de sus mercados a los productos de las naciones pobres y en la práctica no solo no los abren sino que aumentan los subsidios para su producción y al mismo tiempo disminuyen el porcentaje de Asistencia Oficial para el Desarrollo. Y la brecha se sigue ahondando entre un norte cada vez más rico y un sur cada vez más pobre.

La diferencia en el ingreso per cápita entre el 20% más alto de la escala de la población mundial y el 20% más bajo, aumentó de 30 a 1 (1960) hasta 78 a 1 (2001), según los datos del Informe Anual 2002 sobre Población publicado por Naciones Unidas.

Debemos recordarle a los poderosos, que la razón de la fuerza, no da fuerza a la razón, sino que sencillamente la elimina.

Y el más poderoso de todos, los Estados Unidos, debería abandonar su impracticable aislacionismo, archivar su unilateralismo y usar su enorme poder para liderar un multilateralismo que este regido por una ley internacional que nos permita convivir con una cierta racionalidad, y que se legitime por establecer niveles de desarrollo que sean comunes a todos y no patrimonio de unos pocos.

El peor negocio para una potencia planetaria es alimentar un mundo imprevisible.

